

CAPITALISMO SI. PERO ¿CUAL? *

John Kenneth Galbraith

La caída del comunismo en Europa del Este es la más grande transformación del mundo económico y político desde la Segunda Guerra Mundial. Nada tan importante pudo imaginarse. Pero esta transformación ha padecido una lectura política simplista y hasta peligrosa. Consecuencia de lo que yo llamo ideología primitiva: es la idea de que existe una muralla muy definida entre los principios del comunismo y las reglas que preceden la economía capitalista de libre empresa.

Según esta ideología, ahora los países víctimas del comunismo, caminan hacia el nirvana del capitalismo puro y duro. De los principios del socialismo de Marx y Lenin pasaremos a los formulados por Adam Smith y David Ricardo sobre el capitalismo en su forma más clásica.

Este se caracterizaba entonces por una división del poder altamente desigual —digamos intolerable— entre empleadores y empleados y por una repartición también desigual de las ganancias, con lo que se dividía la sociedad en algunos ricos y una inmensa mayoría de pobres explotados. Los campesinos fueron las víctimas endémicas de las crueles leyes de mercado. Y la amenaza más grave, tal como Marx lo predijo, fueron las depresiones, que periódicamente lanzaban desempleados a la miseria. Cada uno de estos desastres, que parecía peor que el anterior, alimentaban como bola de nieve el sentimiento de alienación.

* Versión del semanario económico francés *L'Expansion*, edición N° 379 y reproducida en *Angulo*, publicación de Aerolíneas Centrales de Colombia, ACES.

Si el capitalismo sobrevivió, no fue sólo por sus méritos —de aumentar la productividad del hombre tal como Marx lo admitió— sino, sobre todo, porque se supo adaptar. El Estado providencial (jubilación, subsidio al desempleo, seguridad social) atenuó la crueldad del capitalismo clásico; el empleo de mujeres y niños fue estrictamente reglamentado; la legislación sobre los sindicatos les dio a los trabajadores un poder capaz de contrarrestar el de sus patrones. Hoy en día, todos los países industrializados subsidian en gran escala su producción agrícola: esto hace que las ganancias sean superiores para los campesinos, al tiempo que los precios permanecen más bajos para el consumidor.

CABINA DE MANDO

Vino la revolución keynesiana que confirió al Estado la responsabilidad de regular los ciclos coyunturales del capitalismo, controlar las crestas de la inflación y del desempleo. Luego, la revolución gerencial (según el término de James Burnham) marcó, en la gran empresa industrial y comercial moderna, el traspaso del poder del dueño del capital a los gestionarios profesionales que conforman la burocracia gerencial. Sus herederos incompetentes también fueron rechazados a medida que se multiplicó el conocimiento. Gracias a la metamorfosis, a esta capacidad de adaptación, el capitalismo sobrevivió.

Ninguno de estos cambios fue bien acogido por los capitalistas. Los partidarios más fervorosos de la libertad no son siempre quienes más la aman. Pero el progreso del sistema económico engendró toda una categoría de talentos —profesores, investigadores, periodistas, hombres cultivados, artistas y, claro, hombres políticos— decididos a hacerse oír.

En la antigua sociedad campesina existía la posibilidad de suprimir tanto la libertad de expresión como las demás libertades, pero esto no es posible en la sociedad industrial moderna.

QUE SIGUE

Seamos claros. Lo que los países del este, la ex-URSS y muchos chinos ven como alternativa al socialismo, no es el capita-

lismo tradicional. Si éste hubiera sido el trueque, ellos no lo habrían aceptado. La alternativa que ellos escogieron es la de un Estado moderno, interesados por la cuestión social, en el cual los poderes públicos tengan las riendas para domar al feroz mercado.

En el comienzo, el socialismo no fue un fracaso porque eliminó los remanentes del feudalismo y —sobre todo en la Unión Soviética— edificó una poderosa infraestructura industrial comparable con la de los Estados Unidos. Pero no se ocupó de otras tareas que ni Marx ni Lenin previeron.

Una de esas tareas fue la de producción de bienes de consumo y servicios modernos. El socialismo con su sistema centralizado de planificación y administración no tuvo la versatilidad para atenderlos. Tampoco pudo resolver el problema particular de la agricultura. En ambos mercados es indispensable el diálogo entre el consumidor y el productor para conocer las necesidades de la demanda. Se dieron casos aislados de adaptación: Polonia entregó su agricultura al sector privado, Hungría asumió la producción de bienes de consumo y servicios.

BLOQUEO CEREBRAL

La resistencia a la adaptación es una característica de la modernidad común al mundo socialista y al no-socialista: tal es el efecto de la burocracia. Es claro que el esfuerzo y la iniciativa de una persona se desgastan con los años: ocurre lo mismo con las industrias burocráticas. La tendencia de las grandes organizaciones a multiplicar sin límites sus empleados se convirtió para los burócratas en el mejor símbolo de su status social: tener muchas personas bajo sus órdenes.

Más aún, la burocracia define su propia verdad. Lo vemos con excepcional claridad, actualmente en el gigantesco establecimiento militar de los Estados Unidos.

La influencia de la “verdad burocrática” fue inexorable en el mundo socialista porque allí encontró el caldo adecuado: la adhesión de los miembros de la estructura que se encargaron de inculcarla en todos los demás. La élite política fue la más perjudicada, por eso la explosión final nos aportó la mayor sorpresa.

Dos cosas son claras. La primera: nuestro sistema es una muestra compleja de estimulación del mercado, reglamentación del Estado y vida política. El capitalismo puro y duro es tan poco deseable para los europeos del Este como para nosotros. La segunda: no hay que creer que a más brutal sea el choque, más rápido se repondrán esas economías. Quienes tendrán que soportar estas dificultades no se dejarán convencer muy fácilmente de convertir el dolor en virtud por recomendación de quienes hablan confortablemente instalados. Pensemos también en las consecuencias políticas. Los europeos del Este viven aún un dichoso momento de libertad. Sería trágico, en verdad, que se identificaran la libertad con el desempleo, la inflación y la miseria económica.